

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Josiah Ober, *The Rise and Fall of Classic Greece*,
Princeton (NJ), Princeton University Press, 2015, 416 pp.

PETER ROSE

¿SECRETOS DE LOS ANTIGUOS?

En su último libro, el clasicista de Stanford, Josiah Ober, ha asumido la ambiciosa tarea de analizar un vasto fragmento de la historia griega, desde el colapso de la civilización micénica hasta la muerte de Alejandro, justamente el periodo más admirado por quienes se han dedicado en cualquier momento al estudio de la antigüedad griega. El libro de Ober se enmarca en esa amplia categoría de obras que han celebrado la antigua Grecia (por ejemplo, *Paideia*, el antaño popular estudio en varios volúmenes de Werner Jaeger). El autor ha publicado seis estudios previos de la Grecia clásica, centrándose especialmente en el carácter de la democracia ateniense. Comparte con sus reputados colegas de Stanford, Ian Morris y Walter Scheidel, la creencia en que los historiadores pueden obtener datos estadísticos fiables para las economías premodernas e interpretar esos datos a la luz de las categorías económicas del presente para hacer comparaciones generalizadas a lo largo del tiempo y del espacio. Ober no oculta su agenda ideológica en el prefacio del libro:

Vivo en tiempos excepcionales. Puedo dar por sentado un orden global definido por muchos Estados independientes, algunos de ellos ricas federaciones democráticas gobernadas en última instancia por sus ciudadanos. La libertad, la igualdad y la dignidad son valores ampliamente compartidos. En los Estados donde los ciudadanos controlan a sus gobernantes, la autoridad pública protege los derechos individuales y el imperio de la ley prevalece la mayor parte del tiempo. Estas condiciones políticas promueven el crecimiento económico.

Aunque la autocracia aún sobrevive en partes del mundo, argumenta Ober, la democracia y el crecimiento definen las condiciones «normales» de la modernidad. Y, aunque sea algo «inimaginable» para la mayoría de la gente a lo largo de la mayor parte de la historia humana, «la democracia y el crecimiento eran algo normal para los ciudadanos de la antigua Grecia. Cómo ocurrió esto y cuál es su importancia son los temas de los que trata el libro».

Esta complaciente concepción de la interacción en el presente entre instituciones democráticas y crecimiento económico (planteado como un *desideratum* incuestionable) subyace bajo todo el proyecto de Ober. Aunque reconoce los elementos negativos obvios —esclavitud, la negación de los derechos de las mujeres y la glorificación de la guerra— insiste, no obstante, en que «la Grecia clásica fue la sociedad donde primero apareció el paquete riqueza-democracia en una forma que puede estudiarse en profundidad». La «grandeza» de la Grecia antigua, que conmovió a Byron y a incontables personas más, radica en sus logros culturales e intelectuales: «arte y arquitectura, literatura, artes visuales y dramáticas, pensamiento científico y moral». Para Ober, estos logros requerían un determinado cimiento material: «Helas fue grande gracias a unos logros culturales, que fueron apoyados por un crecimiento económico sostenido. Ese crecimiento fue posible gracias a un planteamiento específico de la política».

El autor describe su perspectiva como la de «un historiador y politólogo» y procede a argumentar que los enfoques de la antropología, de la sociología y de los estudios literarios, «en sus formas más potentes, harían incoherente mi proyecto» porque, defiende, estos afirman que la excepcionalidad del mundo griego no tiene nada que ver con la política y la economía modernas. Ober quiere que su libro se considere simultáneamente una obra de historia y una obra de ciencia social, que «abarca métodos cuantitativos y cualitativos». El texto está generosamente salpicado de cifras y tablas de datos supuestamente empíricos: «Población estimada, Grecia central y el mundo griego, entre 1300 antes de la era común (AEC) y 1900 de la era común (EC)»; «Tamaño del territorio de las *polis*, sobre 1.100 *poleis*»; «tamaños del territorio y cálculos de población para 1.100 ciudades-Estado griegas»; «Certeza de atribución de asentamiento como polis y grado de helenización en 1.035 *poleis*», etcétera.

Los primeros cinco capítulos, aunque repletos de datos, son esencialmente teóricos, asentando las bases para la afirmación de Ober de que, a pesar de la autopercepción de los griegos de su tierra como caracterizada por una pobreza endémica —en palabras de Heródoto, «Helas siempre ha estado acompañada por la pobreza»—, la antigua Grecia era, de hecho, sorprendentemente rica, cuando se la compara con otras sociedades premodernas y debería considerarse como uno de los casos de estudio más importantes de «eflorescencia» (un término que toma prestado a Jack Goldstone para describir los periodos de «aumento del crecimiento económico acompañados de un marcado

incremento de logros culturales»). En el segundo capítulo del libro, Ober se aferra a una observación de Platón, que compara los asentamientos griegos en torno al Mediterráneo con «hormigas o ranas alrededor de una charca», para describir el patrón de la civilización griega, mientras que el comportamiento de las propias hormigas se ofrece como una analogía de uno de los componentes clave para Ober de la «eflorescencia», es decir, del intercambio de conocimiento especializado y de instituciones políticas. El capítulo siguiente plantea una «teoría de la cooperación descentralizada» basada en una determinada lectura de la *Política* de Aristóteles. Tal y como lo lee Ober, Aristóteles creía que «el florecimiento humano –construido como auténtico bienestar, genuina felicidad, en griego: *eudaimonia*– requería de la producción de un amplio abanico de bienes públicos y del acceso general a estos bienes». «Requería [por consiguiente] un comportamiento por parte de cada individuo humano que fuera apropiadamente híperpolítico en el sentido de orientado a la provisión de los bienes públicos requeridos mediante una actividad social cooperativa». Ober entonces prosigue explicitando un modelo de producción material cooperativa.

El núcleo de la tesis del libro se encuentra en el capítulo cuatro, «Próspera Helas», que tiene su origen en el discurso presidencial de Ober ante la American Philological Association en 2010. Enfatizando su compromiso teórico –ya explicitado en el prefacio– con las «explicaciones políticas e institucionales», expone tres premisas básicas:

- 1) La economía griega creció progresiva y regularmente entre el año 1000 y el año 300 AEC, tanto en su tamaño total como en el consumo *per capita*.
- 2) En el siglo IV AEC Grecia estaba densamente poblada y notablemente urbanizada y, aún así, el nivel de vida siguió siendo alto.
- 3) La riqueza se repartía de modo relativamente equitativo entre la población griega; había una cuantiosa clase media que vivía muy por encima de la mera subsistencia, si bien por debajo de los niveles de consumo de la elite.

En opinión de Ober, las tasas de crecimiento de Helas aguantan la comparación con las logradas en los primeros años de la edad moderna en Holanda e Inglaterra, que habitualmente se consideran las economías preindustriales con mejor comportamiento.

Buena parte de las pruebas que cita Ober para establecer el incremento del consumo *per capita* proceden de las investigaciones arqueológicas de su colega historiador de Stanford, Ian Morris. Aunque Morris reconoce que no hay forma de medir directamente los niveles de consumo, emplea una serie de métodos indirectos, desde el crecimiento de la población hasta el tamaño de las casas griegas. A lo largo del periodo que media entre el año 800 y el año 300 AEC, «la casa media se volvió mucho más grande y estaba mucho mejor construida». Las tasas de urbanización eran excepcionalmente elevadas: un tercio de la población griega vivía en ciudades con una población de

al menos 5.000 personas, unas tres veces la cifra que se daría en el Imperio romano. La urbanización se emplea aquí también no solamente para postular el crecimiento económico, sino para apuntalar el rechazo de Ober a la «premisa moderna estándar que asume que la antigua economía griega estaba abrumadoramente definida por la agricultura de subsistencia»; las pruebas apuntan, en lugar de ello, a «una economía relativamente sofisticada y diversificada, en la que mucha gente vivía por encima del nivel de la mera subsistencia» y en la que el comercio jugaba un papel mucho más importante de lo que le habrían adjudicado los historiadores anteriores.

La existencia de una clase media es fundamental para la visión de Ober de la opulencia griega: «Solo con la emergencia de una clase media abundante y estable, que vive muy por encima del nivel de subsistencia y que, por lo tanto, está dispuesta y es capaz de comprar bienes innecesarios para su mera supervivencia, ese consumo social se convierte en un motor del crecimiento económico». Ober recurre para demostrar esto a los cálculos del tamaño de las casas proporcionados por Morris, afirmando que los asentamientos griegos «nunca se caracterizaron por unas pocas mansiones y multitud de cabañas», sino que más bien tendían a agruparse en torno a la casa de tamaño mediano. Las otras pruebas son específicas de la Atenas clásica. Según un estudio citado por Ober, el 1 por 100 más rico de los atenienses poseía alrededor del 30 por 100 de toda la riqueza privada, mientras que el 10 por 100 más rico poseía alrededor del 60 por 100, lo que le otorga a la *polis* un índice Gini de riqueza total de 0,708:

El nivel de desigualdad de la riqueza total en la Atenas del último periodo clásico se puede comparar más o menos con el de Estados Unidos en 1953-1954 (0,71). Es menos equitativo que Canadá en 1998 (0,69) pero más que Florencia en 1427 (0,788) o que Estados Unidos en 1998 (0,794), y es mucho más justo que en Estados Unidos o Inglaterra a principios del siglo XX (0,93 y 0,95 respectivamente).

La búsqueda de Ober de una clase media llega ahora a los salarios (aunque tiene que reconocer que «Atenas es la única comunidad griega prehelenística de la que tenemos las cifras para los salarios diarios»). Establece tres categorías generales de distribución de ingresos –elite, «medianía decente» y subsistencia– y calcula que, en algún punto entre el 42 y el 58 por 100 de la población ateniense había alcanzado un nivel mediano de prosperidad, dependiendo en si basamos nuestras cifras en las conjeturas «pesimistas» u «optimistas» (estos incluyen a todos los residentes de la *polis*: ciudadanos, extranjeros y esclavos juntos). Extrapolando a partir de esto, sobre la base de que los no atenienses tenían al menos alguna oportunidad de buscar allí empleo, Ober sugiere que un cálculo conservador para la clase «mediana» a lo largo y ancho de Grecia sería alrededor de un 20 por 100: esto se compara

con una proyección «optimista» del 12 por 100 que ha aportado Walter Scheidel para el Imperio romano.

Si la Grecia clásica era inusitadamente próspera, ¿a qué se debía su buena fortuna? Ober señala alguna de las ventajas geográficas heredadas por los griegos: un clima mediterráneo; cobijo ante los saqueadores nómadas; fácil acceso al mar; proximidad a los imperios mercantiles de Persia y de Cartago, pero explica que estas condiciones eran insuficientes. Su propia explicación es bastante simple: «La solución al enigma de la excepcionalidad económica griega es la excepcionalidad política: *instituciones*, entendidas como reglas que guían la acción, articuladas con una *cultura cívica*, comprendida como normas sociales que hacen lo propio». Dado que la sociedad clásica griega se distinguía por «niveles históricamente excepcionales de igualdad en términos del acceso de los varones nativos a las instituciones públicas clave», los ciudadanos tenían más posibilidades de invertir en su propio capital humano sin miedo a una expropiación arbitraria por parte de los poderosos. El resultado era una «vibrante economía de mercado». La existencia de reglas transparentes y estandarizadas también disminuían los costes de transacción a lo largo de la esfera cultural griega. Para insuflar un poco de vida a esta imagen de una Helas precozmente impulsada por el mercado, Ober presenta la lucha entre las *poleis* griegas como una anticipación de la competencia entre las modernas empresas capitalistas. Una de las metáforas clave de su análisis es «ecología», término por el que parece entender algo así como un «sistema» o colección de lugares con algunos rasgos comunes: «La eflorescencia griega tuvo lugar en una ecología social de cientos de ciudades-Estado». Este aparente carácter comunal se refuerza por la repetición frecuente del término «centrado en los ciudadanos» para describir a las *poleis* de la era clásica. Las mejores prácticas se expandían de *polis* en *polis* como resultado de «procesos sociales evolutivos que tendían a seleccionar las normas funcionalmente eficientes en un ambiente altamente competitivo». Desde la perspectiva de Ober, el resultado de estos procesos era una especie de posfordismo *avant la lettre*: «Para explicar el mundo de las *poleis* griegas necesitamos avanzar en el tiempo, más allá de la era industrial, hasta el mundo contemporáneo de las empresas conscientemente basadas en el conocimiento».

En los siguientes seis capítulos, Ober nos ofrece un somero paseo a través de la historia griega, desde aproximadamente el año 1000 AEC hasta el 334 AEC, concentrándose principalmente en Atenas. Mucha de la información que aquí se presenta tiene, en el mejor de los casos, una relación tangencial con la tesis principal de Ober, aunque él está siempre dispuesto a describir los rasgos familiares del paisaje helénico en el lenguaje de la economía moderna: la dependencia espartana del trabajo ilota se convierte así en una forma temprana de deslocalización, mientras que las reformas solónicas «representan una de las reactivaciones principales de la sociedad ateniense», y el término

«destrucción creativa» se aplica a varios momentos que parecen marcar una cesura en la historia griega, desde la adopción de la constitución de Licurgo en Esparta hasta las victorias de Alejandro. Una elaboración notable del argumento económico de Ober aparece en esta sección narrativa del libro, cuando sugiere que el gasto del Estado ateniense era «probablemente muy elevado para los estándares de la mayoría de los Estados premodernos», sumando entre el 10 y el 15 por 100 de su producto nacional bruto. La mayor parte de este desembolso adoptaba la forma de pagos transferidos desde los atenienses más ricos a los más pobres: «Estas transferencias reducían la desigualdad de los ingresos y proporcionaban una especie de seguro social básico, que permitía que los ciudadanos no pertenecientes a las elites asumieran riesgos mayores sabiendo que al menos tenían una mínima red de seguridad si se producía una catástrofe individual». Si el paquete «democracia más crecimiento» era responsable del florecimiento de la Grecia clásica, ¿cómo dar cuenta de su continuada eflorescencia cultural y económica después de que la independencia económica de las *poleis* se extinguiera tras la victoria macedonia en 338 AEC? Remitiéndose a las abstracciones de la teoría de juegos, Ober argumenta que, en general, la maximización de la utilidad habría disuadido a los señores de la guerra macedonios de extraer rentas elevadas y aplastantes, lo cual habría perpetuado las condiciones benignas, que ha elogiado a lo largo del libro: «La competencia entre ciudades-Estado relativamente ricas y relativamente independientes, en un contexto de órdenes sociales, que animaba a la inversión individual y colectiva en capital humano».

¿Cómo entonces deberíamos valorar *The Rise and Fall of Classical Greece?* En términos de investigación académica, la mayoría de los «nuevos» aspectos del libro de Ober se basan en el notable *Inventary of Archaic and Classical Poleis* (2004), editado por los classicistas daneses Mogens Herman Hansen y Thomas Heine Nielsen: una obra de casi 1.400 páginas, con aportaciones de cuarenta y nueve estudiosos, que pretende proporcionar un «inventario completo» de unas 1.500 *poleis* (un término griego que Hansen, a diferencia de Ober, se ha preocupado mucho de distinguir de su traducción habitual como «ciudad-Estado»). El *Inventary* coteja los datos empíricos disponibles –tamaño, localización geográfica, restos arqueológicos– con todas las referencias antiguas a una determinada *polis*. Aunque su enfoque es, tomando prestado el término antropológico, rigurosamente «emic» –en otras palabras, dirigido a descubrir qué es lo que los propios griegos consideraban que era una *polis*–, Ober, por su parte, es abrumadoramente «etic», enfatizando lo que él considera importante entre la masa de datos. Nuestro autor hace esfuerzos ímprobos para identificar equivalentes en griego antiguo de latiguillos repetidos hasta la saciedad como «especialización» «emprendimiento» o «capital humano». Ober encuentra apoyos en unos pocos comentarios de Tucídides y Aristóteles, deteniéndose en ocasiones para parafrasear famosos pasajes de la

literatura antigua en su propia terminología; cuando Pericles se jacta de que ningún otro Estado podría «producir un hombre que sólo necesite depender de sí mismo, que esté a la altura de tantas emergencias y agraciado por una versatilidad tan afortunada como el ateniense», se traduce a la jerga de las escuelas de dirección de empresas: «La capacidad del individuo ateniense de adquirir un amplio espectro de habilidades técnicas y de recombinar varias de estas diversas capacidades en nuevas combinaciones de habilidades según lo exija la situación implicaba que los atenienses podían ser flexibles a la hora de desplegar sus reservas de recursos humanos».

En realidad, el espíritu que guía a Ober aquí es el de Adam Smith. En su entusiasmo por aplicar la ideología del libre mercado a la Grecia clásica, Ober afirma que Pericles vinculaba el éxito de Atenas «a su forma democrática de gobierno y a la profundidad y diversidad de las habilidades individuales de los atenienses». Pericles sin duda elogió la democracia ateniense, pero también describió al ciudadano típico ideal como alguien que poseía «la facultad de adaptarse a las formas más variadas de acción». Deberíamos recordar la perspectiva de Smith de la especialización como simplemente otro término para designar la división del trabajo, que «consigue reducirse a unas pocas operaciones simples»; el trabajador, por lo tanto, «generalmente se vuelve tan estúpido e ignorante como es posible que se vuelva una criatura humana». Smith contrastaba este tipo de trabajador con el fruto de las «sociedades bárbaras», donde diversas ocupaciones «obligaban a cada hombre a ejercer su capacidad y a inventar soluciones para superar las dificultades que continuamente acontecían». La versión capitalista de la especialización de Smith es la antítesis de la auténtica democracia tal y como la entendía Pericles. Demasiado a menudo Ober tiene que recurrir a técnicas y tácticas militares –apenas centrales en la concepción de Smith del capitalismo– para ilustrar la importancia de la transferencia de conocimiento en la antigua Grecia.

En el plano de las ideas, Ober ofrece una voluntaria distorsión del pensamiento de Aristóteles. Las palabras del filósofo *politikon zôion* tienen un sentido mucho más limitado que nuestro tópic, casi jugueteón, de «animal político». Una traducción mucho más literal sería «criatura viviente habitante de la polis/orientado a la polis», que refleja la convicción provinciana (o utópica) de Aristóteles de que la polis griega era la forma mejor y más natural de asociación (*koinônia*) para los seres humanos. Ober intenta deshacerse lo antes posible de la referencia de Aristóteles en la *Política* a los «esclavos por naturaleza» y a la inferioridad «natural» de las mujeres. Pero Aristóteles pide a gritos una doble hermenéutica a lo Jameson: por un lado, aparece limitado por completo por las realidades históricas de su *statu quo* pero, por otro, proyecta en determinados puntos la visión utópica de una sociedad de iguales en pleno funcionamiento (una visión que, entre otros, inspiró a Marx, como lo muestra la colección de ensayos de George McCarthy de

1992, *Marx and Aristotle*). La puesta entre paréntesis de la esclavitud distorsiona radicalmente la imagen de Aristóteles de la buena sociedad, que él asume que es la de la clase ociosa, donde toda la producción material se excluye de la *polis*, junto con el comercio con ánimo de lucro. Aristóteles fue alumno de Platón, para quien la forma de «el bien» era el fin más elevado del conocimiento. Los bienes materiales –básicamente, los productos alimenticios– deberían «idealmente» ser producidos por los esclavos o los «bárbaros», una categoría ya designada como «esclavos por naturaleza».

Ober describe la masiva migración hacia el exterior desde la tierra natal griega que condujo a la formación de *poleis* desde Sicilia hasta Anatolia, pero no ofrece un examen serio de sus causas, aparte de una apelación a Malthus como explicación evidente. Sin embargo, la única inscripción relevante que ha sobrevivido describiendo este fenómeno, el decreto de Cirene, sugiere que no fue una respuesta directa a la presión de la población –o la obra de «emprendedores sociales y económicos individuales», como sugiere Ober–, sino un violento proceso en el que un hijo de cada familia era obligado, bajo amenaza de muerte, a unirse a un asentamiento en la costa norte de África. Roland Barthes, cuyas *Mitologías* insisten en la tendencia generalizada a presentar constructos ideológicos como fenómenos «naturales», habría entendido por qué Ober habla de manera tan insistente de una «ecología» de *poleis*. Sospecho que lo que quiere dar a entender, mediante la repetición constante del término, es que la totalidad de las 1.500 *poleis* que se recogen en el *Inventory* tienen, de alguna manera, suficientes rasgos comunes como para que se las pueda agrupar juntas como parte de la «eflorescencia». Su caracterización de la *poleis* como «centrada en el ciudadano» se revela altamente problemática en los últimos capítulos históricos, cuando resulta que esa etiqueta abarca también a las oligarquías, la forma política dominante en la mayoría de las *poleis* del Peloponeso dominadas por los espartanos, así como en un número de *poleis* subyugadas por el imperio ateniense. Sin embargo, es justo decir –y buena parte del texto de Ober confirma este punto– que la Atenas clásica durante este periodo es la única democracia griega de la que sabemos mucho. Eric Robinson ha recopilado heroicamente los datos dispersos de cincuenta y cuatro democracias, incluyendo aquellas radicadas en Sicilia, África y el sur de Italia, en su obra *Democracy beyond Athens* (2011); pero describe con franqueza el material de origen como «irregular en el mejor de los casos y no existente la mayoría del tiempo». Cuando se compara esa cifra de cincuenta y cuatro *poleis* con las 1.500 del *Inventory*, o con los propios cálculos de Ober de unos trescientos Estados tributarios de Atenas y la mitad de estos dependientes de Esparta, no parece que defender una «ecología» de *poleis* «centradas en el ciudadano» tenga mucho futuro.

Ningún historiador de la antigua Grecia negaría que el periodo clásico fue testigo de un espectacular crecimiento de la población, de la riqueza

y de la urbanización, desde aproximadamente el año 800 AEC, como lo demuestran los entierros y las huellas de asentamientos urbanos, así como la considerable riqueza social que se ha encontrado en los restos de los recintos urbanos y los templos. Pero la valoración de la tasa de consumo *per capita*, del nivel de vida general de vida o la existencia de una cuantiosa «clase media» sigue siendo muy controvertida, especialmente cuando la mayoría de los datos relevantes proceden de una única *polis*, Atenas. Las pruebas arqueológicas tempranas –enormes y elaboradamente decoradas urnas funerarias y caras dedicatorias en el templo– apuntan sin duda a la emergencia de una clase opulenta entre los griegos (A Ober no le gusta el término «clase», prefiriendo hablar del abismo entre una «diminuta elite» y la «gran masa de individuos» o, simplemente, de «ciudadanos»). Cuando se alude al tipo de alojamiento sería de utilidad saber de cuántas casas estamos hablando y dónde estaban situadas antes de aceptar el cálculo radiante de Ober de un incremento entre «cinco y diez veces mayor» del consumo *per capita*. Ober, Ian Morris y Walter Scheidel son sin duda ingeniosos a la hora de extraer conclusiones generales a partir de una masa de datos ambiguos, como «el número de nombres conocidos en Ática» (procedentes de datos atenienses únicamente, dicho en otras palabras) o en «el volumen de moneda acuñada que circulaba en el mundo griego». Basándose en los cálculos de población de Hansen, Ober llega a una conclusión que ha sido meridiana desde hace mucho tiempo a partir de las pruebas literarias: una parte significativa de los habitantes del interior de Grecia dependían de las importaciones de comida para su sustento. Pero su hipótesis de que este cereal se pagaba mediante el volumen de exportaciones, aparte del aceite de oliva ateniense y las vasijas pintadas, es cuestionable.

A la luz de la convicción de Ober de que una clase media abundante es necesaria para el crecimiento económico, hay un claro peligro de caer en una argumentación circular: si los datos apuntan a que hubo un crecimiento económico en la antigua Grecia, entonces sencillamente tuvo que haber una clase media. La existencia de dicha clase presupone una relativa equidad en la distribución de la riqueza general de la sociedad. Sin duda, si nos fijamos en los Estados Unidos contemporáneos como punto de referencia para la distribución de los ingresos, Atenas en el siglo IV AEC sale muy bien parada. La académica británica Lin Foxhall, cuya obra es citada por Ober como si confirmara su retrato dulcificado de Atenas, de hecho ha argumentado que la verdadera distribución de la tierra –que, como señala ella, es el «recurso económico fundamental» del Ática clásica– contrasta agudamente con el ideal de una democracia de ciudadanos-campesinos. En dos obras importantes, *Athenian Propertied Families 600-300 BC* (1971) y *Wealth and Power in Classical Athens* (1981), J. K. Davies se ha centrado especialmente en lo que él denomina la «clase litúrgica», es decir, en aquellos atenienses lo bastante ricos como

para que se les requiriera ejecutar servicios públicos como, por ejemplo, pagar por la construcción de navíos de guerra, o que estuvieran dispuestos a hacerlo con vistas a ganar prestigio cívico. Davies calcula que esta capa –los únicos atenienses que en puridad puede considerarse ricos, en su opinión– comprende únicamente el 1 por 100 de los varones adultos. (La obra de Foxhall y Davies ha sido cuestionada por Geoffrey Kron, a quien Ober cita con entusiasmo, pero la crítica de Kron dista mucho de ser definitiva). Centrándose en las otras «superpolis» de la Grecia clásica, el minucioso análisis de Stephen Hodkinson en *Property and Wealth in Classical Sparta* (2000) desmiente cualquier idea de una clase media en la sociedad espartana.

Aunque pocos historiadores negarían que Helas en su conjunto estaba en mucha mejor situación en los siglos V y IV AEC de lo que estuvo en el periodo comprendido entre el año 1000 y el 800 AEC, hay que preguntarse, no obstante, por qué Ober se siente obligado a hacer acopio de tantos datos (a menudo fragmentarios y ambiguos) para demostrar esto, para desmentir la autopercepción de los griegos de que vivían en una pobreza relativa, medida en comparación con el vasto Imperio persa. La respuesta puede radicar en el profundo compromiso ideológico de Ober con el «paquete riqueza y democracia». La democracia ateniense ha estado en el centro de su producción académica, y sigue decidido a elogiarla, incluso a costa de falsificar su dependencia del imperialismo. Ober trata de obviar las formas en las que el imperialismo ateniense y la dominación militar espartana de tantísimas *poleis* se burlan de sus incesantes y repetitivas celebraciones de las comunidades «centradas en los ciudadanos»: «Los continuos intentos de las *poleis* más grandes de ejercer la coerción sobre sus vecinos más débiles proporcionaron a los residentes de ambos, de los Estados agresores y de los Estados potencialmente víctimas, más incentivos para cooperar los unos con los otros. En algunos casos, la cooperación implicaba la sumisión voluntaria a una potencia superior». Los medios ferozmente brutales por los que Esparta dominó la totalidad del Peloponeso y Atenas, a través de su imperio del siglo V, prácticamente la totalidad de las costas del mar Egeo y las islas, se revisan sucintamente en los últimos capítulos del libro, pero sólo después de que el lector haya sufrido durante muchísimas páginas una avalancha de elogios a la «cooperación» helénica. Implícita en esta contradicción está el intento de Ober de imponer su terminología moderna capitalista –«modelos de mercado», «innovación» «costes de transacción», etcétera– en lo que aún era predominantemente una economía agrícola, por muy real que fuera la contribución del comercio a la riqueza ateniense.

El imperialismo ateniense tiene implicaciones directas para la tesis de Ober de una clase media abundante. Cada vez que una *polis* súbdita se rebelaba sin éxito contra ella, Atenas exportaba allí algunos de sus ciudadanos más pobres para establecerse en la tierra y para que actuaran como una

guarnición militar contra futuros desafíos (de hecho, la práctica de exportar a los pobres para aliviar el hambre de tierra comenzó en los primeros años de la democracia ateniense, mucho antes de que poseyeran un imperio formal). Ober se refiere de pasada a este fenómeno cuando enfatiza los beneficios de la sumisión a Atenas de las *poleis* súbditas: «Los atenienses que no pertenecían a la elite tenían la oportunidad de elevar su estatus socioeconómico compartiendo las rentas de la distribución de bienes, especialmente cuando se confiscaba tierra agrícola de un Estado súbdito que no había logrado captar la racionalidad de la aquiescencia». Continúa reconociendo que estos pobladores clerucos «a menudo procedían de las filas de los antiguos pobres atenienses». Es sin duda más fácil crear una clase media exportando a tus pobres y extrayendo riqueza por la fuerza de la mayoría de tus vecinos. Pero esto hace que sea aún más cuestionable que Ober generalice, a partir de las pruebas atenienses, al conjunto de la Grecia clásica. Moses I. Finley llamó nuestra atención sobre la gran contradicción presente en el corazón de la democracia ateniense a finales del siglo V AEC: dependía de los recursos acumulados por el Imperio, que hicieron posible introducir la paga regular para la función pública (una práctica de la que no hay ninguna prueba contemporánea en otras *poleis*). Sin respaldo financiero, pocos ciudadanos corrientes habrían tenido el tiempo libre para participar plenamente de la vida cívica de la *polis*. Ober alude a esta dependencia en sus capítulos narrativos, señalando en un momento dado que la riqueza imperial «obviaba por el momento toda necesidad de tratos difíciles entre las elites y las masas» y, después, afrontando directamente la cuestión: «Tras perder su imperio y recuperar su democracia, los atenienses se confrontaron con la difícil cuestión de cómo pagar el autogobierno de los ciudadanos, la defensa del Estado y el bienestar social». Aquí (y solamente aquí) Ober reconoce el peligro de la guerra de clases provocada por la fuerte carga impositiva de los ricos, que podía resultar en un «violento cambio de régimen».

Aunque sí se refiere de paso a la famosa inscripción de la lista de tributos de Atenas, en ningún momento Ober se centra específicamente en la riqueza extraída de más de trescientos «aliados» subordinados. Según Tucídides, Pericles presumía de que el Imperio aportaba a Atenas ingresos por valor de seiscientos talentos anuales; Russell Meiggs, que ha examinado con todo detalle la lista de los tributos, sugiere que la cifra real era como máximo de cuatrocientos. Un dracma era el equivalente a la paga diaria de un trabajador especializado y cada talento eran seis mil dracmas. Si Atenas recibía 24.000 dracmas *per annum* de sus subordinados, esto explicaría bastante su prosperidad, aparte de la tasa de crecimiento que lograra la economía local. En una nota a pie de página, Ober parece respaldar la opinión de Ian Morris de que, en realidad, no estamos tratando en absoluto con un imperio; sería más adecuado hablar de un «gran Estado ateniense».

Esta formulación ignora convenientemente no solo la extracción forzada de riqueza, sino también el desplazamiento de poblaciones completas como castigo por rebelión (en el caso de Egina) o la masacre de varones adultos y la imposición de la esclavitud a mujeres y niños (Melos, Skione). Ober señala la ausencia de una «ideología legitimadora» ampliamente aceptada del imperio, que habría requerido «algo más que excediera el razonamiento coste-beneficio de los agentes económicos racionales», toda una confesión, después de tantas páginas en las que precisamente ese tipo de razonamiento parecía explicar tantas cosas.

Un problema completamente diferente para una «historia» tan ambiciosa de la Grecia clásica se refiere a las cuestiones de la ideología y de las fuentes relevantes. Ober ha leído una barbaridad, por lo que parece, dentro del corpus de la Nueva Economía Institucional, ha leído a sociólogos, biólogos (al menos en lo que se refiere a las hormigas) y a sus propios colegas de Stanford en los campos de la arqueología y de la historia económica antigua, pero ha desdeñado sin contemplaciones las aproximaciones «literarias», relegando un valioso cuerpo de análisis a la irrelevancia. Ober parece creer que la única clase eficaz de ideología es la que afirma el estatus divino de los reyes y que es, por lo tanto, irrelevante para el estudio de la Grecia clásica. Pero sólo profundizando seriamente en los restos literarios de los periodos arcaico y clásico pueden evaluarse los factores ideológicos que complican la devoción de Ober por la teoría económica de la elección racional. El libro contiene una referencia de pasada a las epopeyas homéricas y a la poesía lírica y trágica, así como algunas breves alusiones a los dramaturgos; e incluye también unas pocas líneas de Tucídides, Heródoto y Jenofonte. Ober, por otro lado, hace un empleo muy limitado del campo en el que él mismo es experto, la retórica ateniense del siglo IV. De hecho, nunca corrobora su hipótesis de que existía una correlación directa entre los logros económicos y los logros culturales en la Grecia clásica. ¿Cuánto tiempo le llevó a cualquier *polis* autogobernada producir obras comparables a los poemas homéricos del siglo VIII, que la mayoría de los estudiosos considera el producto de una sociedad que apenas emergía de un largo periodo de analfabetismo y devastación? Nadie, creo yo, discutiría los logros culturales de la Atenas del siglo V; pero como sugieren nuestras sociedades contemporáneas, ni la democracia ni el éxito económico pueden postularse como garantes (o, para emplear el neologismo de Ober, «diferenciadores») de una producción cultural de calidad. El cuadro resultante es una obra de historia excéntrica, en ocasiones muy curiosa, pero también seriamente deficiente, que, en último término, nos cuenta más cosas acerca de la ideología del departamento de Lenguas Clásicas de Stanford que sobre la antigua Grecia.